

buque contemplaban aterrados aquel espectáculo: nadie respiraba con libertad, escepto quizás el viejo, que estaba solo en el entrepuente como testigo siniestro de aquel combate, al alcance de la pieza de artillería, que podía triturarlo muy bien. Sin embargo, no se movía. Debajo de dichos hombres las olas movilizadas dirigían el combate.

En el momento en que aceptando el espantoso desafío llegó el artillero á provocar al cañon, una de las casualidades de los balanceamientos del mar hizo que la carronada permaneciera un instante inmóvil y como estupefacta.

—Ven aquí! le decía el hombre, y ella parecía escucharle.

Súbitamente cayó sobre el artillero, que esquivó el choque. Se empeñó entonces la lucha inaudita del frágil atacando al invulnerable, del combatiente de carne atacando á la bestia de bronce; la fuerza está de parte de ésta y la inteligencia de parte del otro.

Esto sucedía en la penumbra; era como la vision confusa de un prodigio.

Parecía que el cañon tambien tenia alma, pero alma llena de odio y de rabia; parecia estar dotado de ojos aquel monstruo, que cualquiera hubiera dicho que espiaba al hombre; habia cierta astucia al parecer en aquella masa, porque escogia sus momentos de ataque; era una especie de insecto gigantesco de hierro que parecia tener endemoniada voluntad. Habia momentos en los que aquella langosta colosal botaba hasta el techo bajo la bateria y despues caia sobre sus cuatro ruedas, como un tigre sobre sus cuatro garras, y luego corria hácia el hombre; éste, flexible, ágil y diestro, se retorcia como una culebra, esquivando los movimientos de aquel rayo: evitaba los encuentros, pero los golpes que él evitaba los recibia el buque, y continuaba demoliéndose.

El extremo de una cadena rota habia quedado adherido á la carronada; esta cadena estaba rollada, sin saber cómo, en el tornillo del boton de la culata, y un extremo de ella se habia fijado en el afuste, mientras el otro, libre, daba vueltas alrededor del cañon, cuyos saltos exageraba. El tornillo la apretaba como una mano cerrada, y la cadena multiplicaba los golpes del ariete con los suyos propios, formando un molinete terrible en torno del cañon: látigo de hierro manejado por puño de bronce, que complicaba el combate.

Sin embargo, el hombre seguia luchan-

do, y algunas veces hasta atacaba al cañon, arrastrándose á lo largo del costado del buque con la barra y la cuerda en las manos, y el cañon huia, como si comprendiese que aquellos movimientos los hacia el artillero para tenderle un lazo. Entonces éste le perseguia.

Pero esta lucha no podia durar mucho tiempo. El cañon pareció que se decía á sí mismo: "Concluyamos de una vez", y se paró. Los espectadores comprendieron que se acercaba el desenlace. El cañon parecia dotado de feroz premeditacion. Bruscamente se precipitó sobre el artillero, pero éste le dejó pasar dándole un quiebro y le gritó sonriendo: "A la otra!..." El cañon, furioso, rompió una carronada de babor. Despues se lanzó á estribor sobre el hombre, que evitó otra vez el golpe. Rompió tres carronadas más. La pieza de artillería, ciega y no sabiendo ya lo que se hacia, dió la espalda al artillero, rodó de atrás á delante y fué á abrir una brecha en el muro de proa. El hombre se habia refugiado al pié de la escalera, á pocos pasos del anciano, conservando siempre en las manos la barra y la cuerda. El cañon pareció verle, y sin tomarse el trabajo de volverse de frente, retrocedió sobre el hombre con la prontitud de un hachazo. La tripulacion creyó que el hombre estaba perdido y lanzó un grito.

El anciano pasajero, hasta entonces inmóvil, se lanzó con salvaje rapidez á asir un gran paquete de asignados falsos, y corriendo el riesgo de ser aplastado, logró arrojarlo entre las ruedas de la carronada; este movimiento peligroso y decisivo lo ejecutó con tanta exactitud y con tanta precision, como si fuese hombre práctico en todos los ejercicios descritos en la obra de Darosel sobre la *maniobra del cañon de marina*.

El paquete hizo el efecto de un tapon. Un guijarro detiene una rueda, una rama de árbol desvia una avalancha. La carronada tropezó; el artillero, aprovechándose de aquella terrible coyuntura, metió la barra de hierro entre los rayos de una de las ruedas traseras y el cañon se paró.

Estaba inclinado, y el hombre, con el movimiento de palanca que imprimió á la barra, le derribó; la pesada masa cayó, produciendo el ruido de una campana que se desploma, y el hombre, echándose sobre ella, inundado de sudor, pasó el nudo corredizo al cuello de bronce del monstruo, tendido en el suelo.

Así terminó el combate, quedando vencedor el hombre.

La hormiga triunfó del mastodonte, el pigmeo hizo prisionero al gigante.

Los soldados y los marineros aplaudieron: toda la tripulacion se precipitó con cables y cadenas sobre el cañon y en un instante le amarraron en su sitio.

El artillero saludó al anciano.

—Señor, le dijo, me habeis salvado la vida.

El anciano, que habia ya recobrado su actitud impasible, no le respondió.

VI.

Los dos platillos de la balanza.

Venció el hombre, pero pudo decirse que tambien habia vencido el cañon. Se evitó el naufragio inmediato, pero no estaba salvada la corbeta. Los desperfectos del buque parecian irremediables: el bordaje tenia cinco brechas, una de ellas muy grande; de las treinta carronadas, veinte quedaron inútiles; la que produjo tal desastre, que colocaron, encadenándola, en su sitio, estaba tambien inservible; tenia forzado el tornillo del boton de culata y la punteria era imposible; quedaba, pues, la bateria reducida á nueve piezas. La bodega hacia agua y fué preciso acudir en seguida á reparar las averias y á hacer funcionar las bombas.

El entrepuente presentaba un espectáculo desconsolador; el interior de la jaula de un elefante furioso no está más desmantelado.

Por mucha necesidad que tuviese la corbeta de ocultarse de la vista de los cruceros, tenia más imperiosa necesidad aun de ver si podia salvarse. Tuvieron que encender algunos faroles diseminados aquí y allá en el bordaje.

Durante el tiempo que duró la referida escena trágica, absorta la tripulacion en un caso para ella de vida ó muerte, no se habia cuidado de saber lo que sucedia fuera de la corbeta. La niebla se hizo muy espesa, habia cambiado el tiempo, y el viento se llevó al buque por donde quiso; la corbeta estaba fuera de rumbo en el descubierta de Jersey y de Guernesey, más hácia el Sur de lo que debia estar, y las oleadas eran amenazadoras; la brisa se convirtió en huracan y empezaba quizás á insinuarse una borrasca. La noche estaba oscurísima.

Mientras los hombres de la tripulacion reparaban á toda prisa los estragos cau-

sados en el entrepuente, cegaban las vías de agua y aseguraban en la bateria las piezas que se libraron del desastre, el anciano pasajero volvió á subir sobre cubierta, y estaba recostado contra el palo mayor, indiferente al movimiento febril que se efectuaba en el buque. El caballero La Vienville mandó formar en batalla á los dos lados del palo mayor á los soldados de infantería de marina, y despues, al oír un silbido del contra-maestre, los marineros ocupados en la maniobra se pusieron en pié sobre las vergas.

El conde de Boisberthelot se adelantó hácia el anciano; detrás del capitán iba un hombre de rostro pálido, jadeante, con el traje en desórden y el rostro satisfecho.

Era el cabo de cañon, que acababa de manifestarse oportuno domador de monstruos, y que logró hacer entrar en razon al suyo.

El conde hizo el saludo militar al anciano vestido de paisano y le dijo:

—Mi general, este hombre fué.

El artillero permaneció de pié, con la vista baja en la actitud de ordenanza: el conde de Boisberthelot añadió:

—En vista del proceder de este artillero, ¿creeis que deben hacer algo por él sus jefes?

—Lo creo, respondió el anciano.

—Pues tened la bondad de comunicarnos vuestras órdenes.

—Vos debeis darlas, que sois el capitán.

—Y vos sois el general, respondió Boisberthelot.

El anciano miró al artillero y le dijo:

—Acércate.

El artillero dió un paso.

El anciano se volvió hácia el conde de Boisberthelot, desprendió la cruz de San Luis del pecho de éste y la prendió en la chaqueta del artillero.

—Hurra! gritaron todos sus compañeros.

Los soldados de marina presentaron las armas.

El anciano pasajero, señalando con el dedo al deslumbrado artillero, añadió:

—Ahora que fusilen á este hombre.

La aclamacion se convirtió en estupor.

El paisano, en medio de sepulcral silencio, levantó la voz y habló así:

—Su negligencia ha comprometido el buque, que á la sazón está quizás perdido. Estar en el mar es estar delante del enemigo. El buque que hace una travesía es un ejército que dá una bata-

lla. La tempestad se oculta, pero no se ausenta; el mar entero es una emboscada, y toda falta que se comete en presencia del enemigo merece la pena de muerte. En estos casos no hay falta reparable. El valor debe recompensarse, pero debe castigarse la negligencia.

Las palabras del anciano cayeron una tras otra lenta, gravemente, con una especie de medida inexorable, como golpes de hacha sobre una encina.

El anciano, mirando á los soldados, añadió:

—Que se cumplan mis órdenes.

El hombre, en cuya chaqueta brillaba la cruz de San Fernando, inclinó la cabeza.

A una señal que hizo el conde de Boisberthelot, dos marineros bajaron al entrepuente y volvieron despues, trayendo la hamaca-sudario; el capellan del buque, que estaba orando en la cámara de los oficiales, acompañaba á los dos marineros. Un sargento sacó de la línea de batalla doce soldados, que hizo formar en dos filas; el artillero, silencioso, se colocó entre ellas, y el capellan, con el crucifijo en la mano, se adelantó y se puso al lado del sentenciado.

—Marchen! dijo el sargento.

El peloton se dirigió con pasos lentos al sitio de la ejecucion, seguido de los dos marineros que llevaban el sudario. Triste silencio reinaba en la corbeta; el huracan silbaba á lo lejos. Momentos despues se oyó en la oscuridad una detonacion, pasó un relámpago; luego todo quedó en silencio: solo se oyó el ruido de un cuerpo al caer en el mar.

El paisano, recostado sobre el palo mayor, meditaba cruzado de brazos.

Boisberthelot, señalándosele á La Vienville, le dijo al oido:

—La Vendée ya tiene jefe.

VII.

El que se dá á la vela juega á la lotería.

¿Qué iba á ser de la corbeta?...

Las nubes, que durante la noche se habian inclinado muchas veces hasta las olas, concluyeron por bajar de tal modo, que borraron el horizonte y el mar apareció como bajo de una capa. Solo se veia niebla por todas partes, situacion peligrosa para cualquier buque en buen estado. Al peligro de la bruma se unia el del oleaje.

Aprovechando el tiempo, la tripulacion aligeró la corbeta, arrojando al mar

todo lo que quedó inservible, todo lo destrozado, como cañones desmontados, afustes rotos, trozos de madera torcidos ó desclavados, piezas de hierro rotas; abrieron las portas y por ellas hicieron deslizar sobre tablas hácia el mar los cadáveres y los restos humanos, envueltos en sus sudarios.

El mar empezaba á ser temible, no porque fuese inminente la tempestad, pues, por el contrario, se oia decrecer el huracan y que sus ráfagas, bramando, se alejaban hácia el Norte; pero las olas eran gigantescas, indicando un mal fondo de mar. Como la corbeta habia quedado muy débil, prestaba poca resistencia contra las sacudidas y eran funestas para ella las gigantescas olas.

Gacquoil seguia junto al timon, pensativo; hacer buena cara al mal tiempo es la máxima de los jefes marítimos. La Vienville, que era de carácter alegre ante el peligro, se acercó á Gacquoil y le dijo:

—Me parece, piloto, que el huracan mengua; creo que no habrá tempestad; tendremos viento y nada más.

—Quien tiene viento tiene mar, respondió gravemente Gacquoil.

Esta respuesta era poco tranquilizadora, pues para el buque que hace agua, tener mar es llenarse de ella rápidamente. Gacquoil marcó este pronóstico con vago fruncimiento de cejas. Quizás despues de la catástrofe del cañon y del artillero hablaba demasiado pronto y con ligereza La Vienville, y comprendiéndolo ahora así, veia la necesidad de estar grave, y preguntó:

—Dónde estamos, piloto?

—Estamos á la voluntad de Dios, contestó aquel.

El piloto es el dueño y hay que dejarle hacer, y muchas veces dejarle decir; además, esta clase de hombres hablan poco. La Vienville se alejó del timon, pero el horizonte se encargó de responder en seguida á su interrogacion.

El mar se descubrió de repente; rasgáronse las brumas que se arrastraban sobre las olas, su oscuro desorden se presentó á la vista á la claridad crepuscular y ofreció el siguiente espectáculo:

El cielo estaba cubierto de nubes, pero las nubes ya no tocaban en el mar; al Oriente se veia una luz blanca que anunciaba el amanecer; al Oeste veíase otro resplandor blanco azulado, que indicaba el punto por donde la luna habia desaparecido. Estas dos blancuras for-

maban en el horizonte, frente una de otra, dos bandas extrañas de resplandor pálido, entre el mar oscuro y el cielo tenebroso. Sobre las dos claridades se dibujaban rectas é inmóviles siluetas negras.

El Occidente, en el cielo que alumbraba la luna, se destacaban tres altas rocas de pié, como poulvens célticos. Al Oriente, en el horizonte pálido de la mañana, se levantaban ocho velas formadas en orden y separadas simétricamente unas de otras. Las tres rocas eran un escollo y las ocho velas eran una escuadra.

La corbeta tenia, pues, detrás de ella los *Minquiers*, roca peligrosa, y delante el crucero francés, al Oriente el abismo, al Occidente la matanza; estaba amenazada de un naufragio y de un combate.

Para afrontar el escollo, la corbeta solo podia contar con su casco agujereado y dislocado y con la arboladura comovida por sus raices, y para hacer frente á la batalla, con la artillería, de la que veintinueve cañones de los treinta estaban desmontados, y cuyos mejores artilleros habian muerto.

Era muy débil aun la claridad del dia y reinaba la oscuridad en torno del buque; esta oscuridad podia prolongarse mucho tiempo, porque casi la constituian las nubes altas y espesas, que presentaban el aspecto sólido de una bóveda. El viento, que disipó las nieblas bajas, empujaba la corbeta hácia los *Minquiers*.

Por el exceso de la fatiga que el estrago causó en la corbeta no obedecia ya casi al timon, y en vez de bogar era arrastrada y abofeteada por las olas.

El escollo trágico de los *Minquiers* era más áspero y más terrible en aquel tiempo que hoy: el incesante golpeteo del mar arrasó muchas torres de aquella ciudadela del abismo; la configuracion de los escollos cambia; las olas y las mareas hacen el oficio de sierras ó de cuchillos. En la época de esta historia, tocar en los *Minquiers* era sinónimo de naufragar.

El crucero lo componia la escuadra de Cancale, que más tarde se hizo célebre bajo el mando del capitán Duchesne, al que Lognimo llamaba el Padre Duchesne.

La situacion era crítica: la corbeta, durante el desencadenamiento de la carronada, se desvió de su rumbo, dirigiéndose más hácia Granville que hácia

Saint-Malo; pero aunque hubiese podido navegar con fuerza de vela, los *Minquiers* le hubieran cerrado siempre la vuelta hácia Jersey y el crucero le hubiera impedido llegar á las costas de Francia.

La tempestad habia cesado, pero, como dijo el piloto, habia mar, y mar bravo y salvaje. El mar no dice de una vez todo lo que quiere; de todo hay en el abismo, hasta trampas. Podria decirse que el mar usa este procedimiento; adelanta y retrocede, propone y se desdice; prelude una borrasca y renuncia á ella; promete el abismo y no lo presenta; amenaza en el Norte y dá en el Sur. Durante toda la noche la corbeta *Claymore* tuvo encima la niebla y estuvo temiendo la tormenta: el mar se desmentia en estos momentos de un modo feroz; bosquejó la tempestad y realizó el escollo; pero bajo una y otra forma, el resultado siempre era el naufragio.

El choque contra el escollo se agravaba con el exterminio por medio del combate.

Un enemigo completaba al otro.

La Vienville exclamó, acentuando sus palabras con su risa irónica:

—Naufragio aquí y batalla allá; por ambas partes tendremos diversion.

VIII.

9=380.

La corbeta iba inutilizándose con rapidez.

En la azulada claridad esparcida alrededor del buque, en la lobreguez de las nubes, en la movilidad confusa del horizonte, en el plegado misterioso de las olas, reinaba solemnidad sepulcral. Todo callaba, á excepcion del viento, que soplaba con violencia hostil; la catástrofe surgia del abismo con majestad, pareciendo más una aparicion que un ataque. Nada se movia ni en las rocas ni en los barcos. Dominábalo todo colosal silencio. ¿Los tripulantes de la corbeta tenian que luchar con algo real ó con un sueño que pasaba por el mar?... En las leyendas se encuentran esta clase de visiones; la corbeta estaba, en cierto modo, entre el escollo demonio y la escuadra fantasma.

El conde de Boisberthelot dió á media voz órdenes á La Vienville, el que bajó á la batería; despues el capitán tomó el anteojo y fué á situarse á proa, al lado del piloto.

Los esfuerzos de Gacquoil se dirigian

á mantener la corbeta á flote, porque si la tomasen de costado el viento y el mar se hundiría inevitablemente.

—Piloto, dijo el capitán, ¿dónde estamos?

—Cerca de los Minquiers.

—Por qué parte?

—Por la parte mala.

—¿Qué fondo tenemos?

—Roca pelada.

—Se puede acoderar?

—Siempre se puede morir, contestó el piloto.

El capitán dirigió el anteojo de larga vista hácia el Oeste y examinó los Minquiers; después lo volvió hácia el Este y contempló las velas que estaban á la vista.

El piloto continuó como hablando consigo mismo:

—Son los Minquiers, que sirven de punto de descanso á la gaviota risueña cuando se vá de Holanda y al gran cuervo marino de manto negro.

Entre tanto el capitán contaba las velas y veía distintamente ocho buques formados levantando sobre el agua su perfil de guerra; en el centro de ellos se destacaba la alta estatura de un navío de tres puentes.

El capitán preguntó al piloto:

—Conoceis esas velas?

—Sí, son las de la escuadra.

—De Francia?

—Del diablo.

Medió un momento de silencio. Después añadió el capitán:

—Todo el crucero está ahí?

—No todo.

En efecto, el 2 de Abril, Valacé anunció á la Convención que diez fragatas y seis navíos de línea cruzaban el Canal de la Mancha. Este recuerdo vino entonces á la memoria del capitán.

—Es verdad, contestó; la escuadra se compone de diez y seis buques y aquí no hay más que ocho.

—Los otros, dijo Gacquoil, se arrastran por allá bajo sobre la costa y espian.

El capitán, mirando con el anteojo, murmuró:

—Hay un navío de tres puentes, dos fragatas de primer orden y cinco de segundo: son buenos buques; he mandado en algunos de ellos.

—Yo, dijo Gacquoil, los he visto todos de cerca y los conozco á todos.

El capitán pasó el anteojo al piloto.

—¿Distinguis bien el buque de alto bordo?

—Sí, mi comandante; es el navío *La Costa de Oro*.

—Que han desbautizado, replicó el capitán; antes se llamaba *Los Estados de Borgoña*. Es un navío nuevo, de ciento veintiocho cañones.

Sacó del bolsillo una cartera y un lápiz y escribió en una página el número 128. Después prosiguió:

—Piloto, ¿qué barco es ese de babor?

—La *Experimentada*, fragata de primer orden, con cincuenta y dos cañones. Estaba armándose en Brest hace dos meses.

El capitán apuntó en la cartera el número 52.

—Piloto, ¿cuál es la segunda vela de babor?

—La *Driada*.

—Fragata de primer orden; de cuarenta cañones de á diez y ocho. Ha estado en la India y tiene buena hoja de servicios.

Escribió debajo del número 52 el 40; después, levantando la cabeza, dijo:

—Pasemos á estribor.

—Mi comandante, están allí todas las fragatas de segundo orden y hay cinco.

—¿Cuál es la primera contando desde el navío?

—La *Resuelta*.

—Treinta y dos piezas de á diez y ocho. Y la segunda?

—La *Richemont*, que lleva la misma fuerza.

—¿Cuál sigue después?

—La *Atea*. (1)

—Inoportuno nombre para navegar! Y luego?

—La *Apréhensora*.

—Cinco fragatas de treinta y dos piezas cada una.

El capitán escribió debajo de los primeros números el 160.

—Las conoceis bien, piloto?

—Como vos, le contestó Gacquoil.

—Conocerlas desde aquí es algo, pero vale más conocerlas á fondo.

El capitán, con la vista fija en la cartera, la examinaba, murmurando entre dientes:

—Ciento veintiocho, cincuenta y dos, cuarenta y ciento sesenta.

La *Vienville* subió sobre cubierta en aquel instante.

—Estamos á la vista de trescientas ochenta piezas de artillería, le dijo el capitán.

(1) *Archivos de la Marina*, estado de la armada de Francia en Marzo de 1793.

—¿Qué le vamos á hacer? contestó *La Vienville*.

—¿Cuántas piezas nos quedan definitivamente en estado de hacer fuego?

—Nueve.

—¿Qué le vamos á hacer! contestó á su vez Boisberthelot.

Tomó el anteojo de manos del piloto y miró al horizonte.

Los ocho buques, silenciosos y negros, parecían inmóviles, pero aumentaban gradualmente de tamaño; se iban aproximando poco á poco.

La *Vienville*, después de saludar militarmente, dijo:

—Comandante, voy á hacer os mi relación. Desconfié siempre de esta corbeta *Claymore*; es triste embarcarse bruscamente en un navío que no os conoce ó que no os quiere. El buque inglés es traidor á los franceses; la perra de la carronada nos lo provó: inspeccioné el barco; tiene buenas anclas, buen hierro, forjado todo, con barras soldadas al martinete; solidez en las cadenas, cables excelentes, fáciles de largar y con la longitud de ordenanza, de ciento veinte brazas, bastantes municiones y... seis artilleros muertos. Pueden dispararse setenta y un tiros por pieza.

—Pero no hay más que nueve piezas.

Continuaba la lenta aproximación de la escuadra.

Las carronadas tienen la ventaja de que tres hombres bastan para maniobrar con ellas, pero tienen el inconveniente de que su alcance es menor y menos cierto que el de los cañones; era, pues, preciso, dejar que la escuadra se acercase á tiro de carronada.

El capitán dió sus órdenes en voz baja y el silencio se estableció en el buque. No se tocó á zafarrancho, pero se ejecutó. La corbeta estaba tan inútil para luchar contra los hombres como para luchar contra las olas; sacaron, sin embargo, todo el partido posible de aquel resto de buque de guerra; se acumularon cerca de los guardines, sobre el pasamano, todos los calabotes de repuesto y todo lo que pudiera afirmar la arboladura en caso de necesidad. Se ordenó el sitio preparado para los heridos; se formaron bastiones de estopa sobre el puente (como garantía contra las balas de fusil, pero no contra las de cañón); se llevaron pasabalas, aunque era un poco tarde para examinar los calibres, pero no se pudieron prever tantos incidentes. Cada marino recibió una cartuchera y se puso en la cintura un par de pistolas y un pu-

ñal. Apuntaron la artillería, prepararon la fusilería, se dispusieron convenientemente las hachas y los garfios de abordaje; se prepararon los cartuchos de cañón y de fusil; se abrió el depósito de la polvora; cada hombre ocupó su puesto, y toda la tripulación quedó muda como si estuviese en el cuarto de un moribundo. Aquella operación fué rápida y lúgubre.

Después acoderaron la corbeta. Tenía seis anclas, como una fragata; se echaron al mar las seis; el áncora de vigilancia delante, el áncora de remolque detrás, el áncora del flujo del lado del mar, el áncora del reflujo del lado del escollo, el áncora de horquilla á estribor y el áncora maestra á babor. Las nueve carronadas que quedaron útiles se pusieron en batería, todas á un lado del buque, al lado del enemigo.

La escuadra, no menos silenciosa, también había completado su maniobra. Los ocho buques formaban ya un semicírculo, cuya cuerda constituían los Minquiers. La *Claymore*, encerrada en este semicírculo, agarrotada además por sus propias áncoras, tenía delante al enemigo y detrás el escollo, es decir, el naufragio.

Parecía esperar una parte y otra el ataque del enemigo.

Los artilleros de la *Claymore* estaban en sus puestos.

Boisberthelot dijo á *La Vienville*:

—Quisiera yo romper el fuego.

—Placer de coqueta, le contestó *La Vienville*.

IX.

Alguno se escapa.

El paisano, que no había abandonado el puente, lo observaba todo con impasibilidad.

Boisberthelot se acercó á él y le dijo:

—Señor, está todo preparado; estamos agarrados á la tumba y no es fácil que la soltemos ya. Caeremos prisioneros ó de la escuadra ó del escollo; tendremos que rendirnos al enemigo ó que naufragar en las rompientes; esta es nuestra alternativa; no tenemos otro recurso que morir. Combatir es preferible á naufragar: prefiero que me mate la metralla á perecer ahogado, prefiero el fuego al agua. Pero á vos no os corresponde morir; sois el hombre escogido por los príncipes y pesa sobre vos la misión de dirigir la guerra de la Vendée: si pereceis, la monarquía se pierde; debeis, pues, vivir. Nuestro honor consiste en permanecer

aquí y el vuestro en alejaros de este sitio. Vais, pues, mi general, á dejar el buque; os daré un hombre y un bote, que os conducirá á la costa por medio de un rodeo. Aun no es de día; las olas son altas, el mar está oscuro y podeis salvaros. Hay situaciones en las que huir es vencer.

El anciano inclinó gravemente la severa cabeza en señal de asentimiento.

El conde de Boisberthelot, levantando la voz dijo:

—Soldados y marineros!...

Todos prestaron atencion y de todos los puntos del buque las caras se volvieron hácia el capitán.

Este prosiguió:

—Este hombre, que está entre nosotros, representa al rey. Nos le han confiado y debemos conservarle, porque es necesario para restablecer el trono en Francia; á falta de un príncipe, él debe ser el jefe de la Vendée. Es un gran militar, que debia abordar las costas de Francia con nosotros, y es preciso que llegue á ellas de cualquier modo. Salvar su cabeza es salvar á la patria.

—Sí, sí, gritaron todos los de la tripulacion.

El capitán continuó:

—Tambien vá á correr sérios peligros, porque no ganará la costa fácilmente. Necesitaria un buque de gran cabida para arrostrar las grandes oleadas, y es preciso que se vaya en un barco pequeño para burlar la vigilancia del crucero. Tomará tierra en cualquier punto seguro, y necesita un marinero robusto que sea buen remero y buen nadador, hijo del país y que conozca estos mares. Reina aun bastante oscuridad para que el bote pueda alejarse de la corbeta sin que le vean; además, haremos aquí mucho humo para que le oculte por completo. La pequeñez del bote le ayudará á librarle de los escollos, porque donde la pantera queda presa, la comadreja escapa. No hay salida para nosotros, pero la hay para él. El bote se alejará de aquí á fuerza de remos; los buques enemigos no lo verán, porque además de la oscuridad, estaremos proporcionándoles un divertimento. No digo bien?

—Sí, sí, gritó la tripulacion.

—No debemos perder ni un minuto, repuso el capitán. ¿Hay en la corbeta un hombre de buena voluntad?

Un marinero salió de entre las filas y dijo:

—Yo.

X.

Se escapará?

Momentos despues uno de esos botes que se llaman *yon-yons*, que están especialmente al servicio de los capitanes, se alejaba de la corbeta. Llevaba á dos hombres, al anciano pasajero, que se sentó á la popa, y al marinero de *buena voluntad*, que ocupó la proa.

La noche era aun muy oscura. El marinero, obedeciendo á las indicaciones del capitán, remaba vigorosamente en direccion á los Minquiers, que era su único punto de escape en aquellas circunstancias.

Habian depositado en el fondo del bote algunas provisiones, un saco de galleta, una lengua de vaca ahumada y un barril de agua.

Cuando partia el *yon-yons*, La Vienville, bromeando ante el peligro, se inclinó sobre el codaste del timon de la corbeta y dirigió al bote este saludo burlesco:

—Es excelente para huir, pero es mejor aun para ahogarse.

—Basta de bromas inoportunas, le dijo el piloto.

El bote se separó de la corbeta y en breve se le vió muy distante; el viento y el mar estaban de acuerdo con el remero, y la frágil embarcacion huia rápidamente ondulando, oculta por el crepúsculo y por los inmensos pliegues de las olas.

Reinaban en el mar momentos de sombría calma, y de repente en el vasto y tumultuoso silencio del Océano se oyó una voz que, aumentada por el porta-voz como por la máscara de bronce de la tragedia antigua, parecia sobrehumana; era la del capitán Boisberthelot, que, tomando la palabra, gritó:

—Marinos del rey, clavad el pabellon blanco en el palo mayor, que vamos á ver brillar el último sol.

Al decir esto un cañonazo salió de la corbeta.

—Viva el rey! gritó la tripulacion.

Al extremo del horizonte se oyó otro grito inmenso, lejano, confuso, que decia:

—Viva la República!

Estrépito semejante al estruendo que debian producir trescientos rayos, estalló en las profundidades del Océano.

Principió el combate.

El mar se cubrió de humo y de fuego y los chorros de espuma que forman

las balas de cañon al caer en el agua picaron las olas por todas partes.

La *Claymore* escupia fuego sobre los ocho buques, y al mismo tiempo la escuadra, formada en semicírculo alrededor de la corbeta, vomitaba llamas por todas sus baterías. Se incendió el horizonte. Parecia que un volcan salia del mar. El viento retorcia la inmensa púrpura de la batalla, entre la que los buques aparecian y desaparecian como espectros. En primer término se dibujaba el esqueleto negro de la corbeta sobre fondo rojo. Distinguíase en la punta del palo mayor el pabellon sembrado de flores de lis.

Los dos hombres que iban en el bote guardaban silencio. El bajo-fondo triangular de los Minquiers, especie de Trinacrio submarino, es mayor que la isla entera de Jersey; el mar le cubre y tiene por punto culminante una meseta que sobresale hasta en las más altas mareas, y desde el que se destacan al Norte seis poderosas rocas formadas en línea recta, que causan el efecto de una gran muralla derruida aquí y allá. El estrecho entre la meseta y los seis escollos solo es practicable para los barcos de poquísimo calado; más allá está ya la alta mar.

El marinero que se encargó de salvar el bote y al pasajero metió la embarcacion por entre dichas rocas, interponiendo así los Minquiers entre la batalla y el bote. Remó despues con destreza por el estrecho canal, evitando los arrecifes, tanto á babor como á estribor, y entonces las rocas le ocultaban la batalla. El resplandor del horizonte y el estrépito furioso del cañoneo comenzaban á decrecer á causa de la distancia, que cada vez era mayor; pero á juzgar por lo continuo de las detonaciones, podia comprenderse que la corbeta se sostenia y que estaba dispuesta á agotar hasta la última de sus noventa y una andanadas.

Muy pronto el bote se encontró en agua libre, fuera del escollo, fuera de la batalla y fuera tambien del alcance de los proyectiles.

Poco á poco el mar era menos oscuro; ibanse ensanchando los puntos luminosos, la espuma se rompía aquí y allá en chorros de luz y brillantes blancuras flotaban sobre la superficie de las olas. Por fin apareció el dia.

El bote estaba ya fuera del alcance del enemigo; pero le restaba por vencer la mayor dificultad: se libró de la me-

tralla, pero no estaba libre del naufragio. Con casco pequeño, imperceptible, sin puente, sin vela, sin mástil, sin brújula, sin más recurso que el remo, se encontraba en alta mar y á merced del huracan; era un átomo en poder de dos colosos.

En momentos tan críticos, en aquella inmensidad, en aquella soledad, el hombre que iba á proa, levantando la cara, que la luz matinal hacia palidecer, miró fijamente al hombre que iba á popa y le dijo:

—Soy el hermano del artillero que hicisteis fusilar.

LIBRO TERCERO

Halmalo.

I.

La palabra es el verbo.

El anciano levantó lentamente la cabeza.

El hombre que le dirigió la palabra podria frisar en los treinta años; tenia la frente tostada por el aire del mar; sus ojos eran extraños, lanzaban la mirada sagaz del marinero, de las pupilas cándidas del aldeano.

Empuñaba con brío los remos y su aspecto era agradable; en la cintura llevaba un puñal, dos pistolas y un rosario.

—Quién eres, le preguntó el anciano.

—Acabo de deciroslo.

—Qué quieres de mí?

—El hombre soltó los remos, cruzó los brazos y respondió:

—Mataros.

—Como gustes, dijo el anciano.

—Preparaos, pues.

—A qué?

—A morir.

—Por qué? preguntó el *paisano*.

Hubo un momento de silencio. El marinero pareció cortado por esta pregunta. Despues insistió:

—Os digo que quiero mataros.

—Y yo te pregunto por qué.

Los ojos del marinero despidieron un relámpago.

—Porque habeis hecho matar á mi hermano.

—Principié por salvarle la vida.

—Es verdad, primero le salvásteis, pero le matásteis despues.